

la publicación; y el segundo lo regenteaba un maestro de primeras letras, de apellido Vargas Piñera; y fué curioso e interesante ver cómo los dos pequeños órganos del partido orozquista hicieron el más desventurado de los fiascos: nadie les hizo caso, nadie los leyó, y después de una vida tan breve como la de las flores en verano, expiraron en medio de la más abrumadora indiferencia. Al infeliz de Vargas Piñera, le costó hasta la tierra, porque después de aquella malhadada aventura en la que, lanza en ristre, había salido a combatir a la razón, ya no se consideró con valor para permanecer en Chihuahua, barruntando, como era de esperarse, la lejanía del presupuesto.

La campaña en la Capital no pudo ser, por tanto, más adversa para Pascual Orozco; pero quedaban los Distritos. Orozco tuvo alguna fe en el éxito foráneo y mandó delegados. Desgraciadamente los Distritos tampoco respondieron a su llamamiento, ni siquiera la sierra, en la que él y los suyos tenían tantas seguridades.

Inflingida, pues, la primera derrota a la

vanidad del padre, y a la ambición y vanidad del hijo, los Orozcos no tuvieron otro propósito para lo porvenir, que el de tomar la revancha de aquella humillación; pero ¿cómo, de qué manera, con qué partido, con cuáles elementos? En el estrecho magín de los serranos no cabía la idea de organizar un plan, de darle forma a una empresa, pero ¡qué importaba! El partido estaba hecho, era el de los vencidos, que sólo querían una bandera y sólo buscaban un jefe que los encabezara, dándoles un prestigio que por sí solos nunca podrían tener. Los elementos . . . los había de sobra, puesto que los vencidos eran precisamente los hombres del dinero, los grandes terratenientes, los capitalistas y los banqueros. El modo y la manera estaban perfectamente claros: una contrarrevolución como quiera que fuese.

En esos momentos se cernía a la sazón sobre el país la amenaza del reyismo, que pareció en un principio que llegaría a ser seria, en vista de que Reyes contaba, según el decir de sus partidarios, con numerosos simpatizadores en toda la República. La contrarre-

volución tenía, pues, un caudillo, y a Orozco no le quedaba otro remedio para poder surgir, que el de subordinarse á Reyes; pero no era esto lo que él quería: *Aut Cæsar aut nihil*, parecía ser la divisa de Orozco y no sólo se abstuvo de inmiscuirse en el reyismo, sino que protestó indignado cuando alguien le achacó dares y tomares, o por lo menos, alguna inteligencia, con los parciales del divisionario rebelde. Afortunadamente la intontona de derrocamiento que pretendió llevar a cabo la facción del malogrado don Bernardo, terminó en el triste ridículo que todo el mundo conoce.

La aparición del vazquismo como manifestación del descontento de los revolucionarios de 1910, que se sentían defraudados en sus ideales, por la tan cacareada falta de cumplimiento al Plan de San Luis Potosí, despejó a los Orozcos su horizonte político y los hizo ponerse en el camino de sus soñados propósitos. El licenciado Vázquez Gómez, bien podía ser un elemento útil para formalizar la contrarrevolución, y, como de seguro, no había de ser hombre de armas tomar, Oroz-

co, hijo, asumiría desde luego el mando supremo de los levantados, por lo menos en la región del Norte. Su situación, a raíz del triunfo de Ciudad Juárez, haciendo a un lado el fracaso político, no podía venir más de perlas para ayudar a sus planes; encargado como estaba de las fuerzas rurales en el Estado, y lleno de prestigio militar entre sus subordinados, muy bien podía, con una poca de paciencia y con una poca de audacia, catequizarlos a todos y poner en jaque al Gobierno de Madero. La labor no era arriesgada ni problemática, bastaba resolverse y poner manos a la obra.

Así se hizo en efecto, y uno de los primeros pasos de Orozco, valiéndose de su influencia, aunque indirectamente, fué hacer salir de Chihuahua las tropas federales que se habían quedado de guarnición en algunos de los puntos del Estado. Una buena vez se presentaron ante el Gobernador González: Agustín Estrada, Marcelo Caraveo y varios otros jefes exrevolucionarios, no ya a solicitar, sino a exigir, que fueran retirados de Jiménez y Ciudad Camargo, los soldados de la Fe-

deración, no alegando para ello otras razones que el odio irreconciliable entre revolucionarios y federales, y agregando que ni ellos como jefes, ni las tropas, estaban dispuestos a tolerar la humillación de tener frente por frente a sus eternos enemigos. Don Abraham los calmó como pudo, y, en tono amistoso, les hizo ver que era una necia pretensión lo que exigían y que tiempo era ya de borrar para siempre toda animadversión y toda rivalidad entre hermanos.

Esto no obstante, cuando el señor González fué elevado a la jerarquía de Ministro de Gobernación, aprovechando una circunstancia propicia, optó por que las tropas federales fueran retiradas del Estado de Chihuahua, creyendo calmar con esto los ánimos exaltados, y dando, sin saberlo, margen á la consolidación de los planes de Orozco.

Una vez Chihuahua sin soldados de línea, la plaza quedaba por completo en las manos del llamado caudillo de la revolución; pero sería levantar un falso testimonio a Orozco, si lo hiciéramos responsable a él solo de tales pensamientos y de semejantes propósi-

tos. Él no hacía sino dejarse dirigir, y prestar su persona, su prestigio y su ambición para que sus partidarios laboraran.

Cerebro y voluntad puso a la disposición de su Secretario, porque, a poco andar, aquel gran hombre hubo necesidad de un secretario que se encargara de todo lo que tuviese que ver con cuestiones de inteligencia: de hablar por él; de dar por él las gracias; de contestar a los elogios de la prensa; de entenderse con amigos, con partidarios, con admiradores, con noticieros que a cada momento lo asediaban pidiéndole opiniones, tratando de hacerlo meterse en asuntos de los que no entendía, ni sabía, ni llegaría a saber nunca; componiéndole brindis; arreglándole interviews; en una palabra, librándolo de la horrorosa carga de pensar y de hablar.

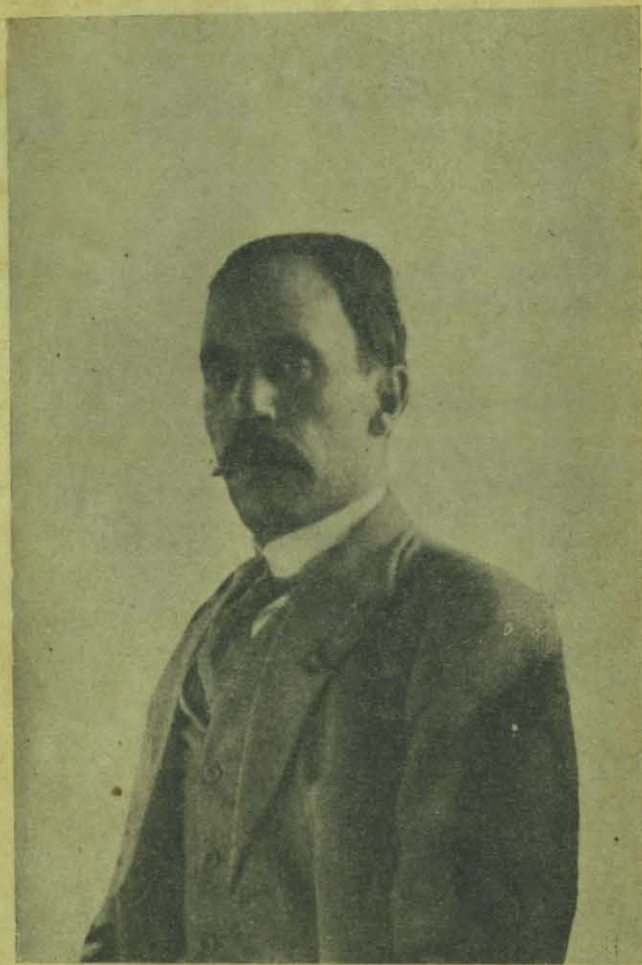
Por fortuna, José Córdova, nombre de este interesantísimo personaje en la vida pública orozquista, era el tipo ideal para sacarlo avante de todos aquellos engorros.

José y Pascual eran amigos viejos y paisanos; se llevaban muy corta diferencia de

edad, sólo que José había aprovechado un poco más la escuela; sus ocupaciones le permitieron ilustrarse y desde muy joven manitestó afición por las letras; hizo algunos versos y dos o tres veces tomó la palabra, allá en Guerrero, en ocasión de los días de la Patria; no le costaba ningún trabajo escribir una carta y decía cosas que, a Pascual, le parecían el evangelio y le sabían a gloria.

Y, efectivamente, Córdoba es de esos tipos, tan frecuentes en los pueblos, en quienes la lectura de novelones por entregas, de versos eróticos y de discursos patrioterros, enciende desde muy temprano en su espíritu la afición literaria y los predispone para todo género de producciones cursis.

Ellos son los evangelistas de los enamorados del lugar, los que comentan el periódico metropolitano y opinan sobre la política del país; ellos, los encargados de llevar la palabra en las bodas, en los bautizos y en los entierros notables; ellos, los que, ardiendo el corazón en sacro amor por nuestros héroes y por nuestros mártires, ocupan la tribuna cada 15 de septiembre y electrizan a las rústicas multi-

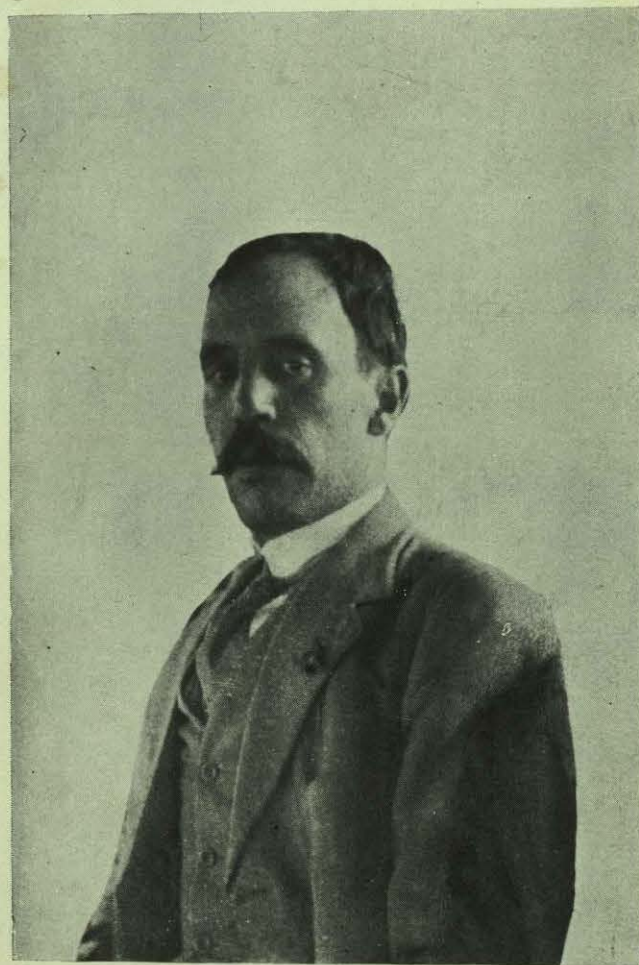


JOSE COMADURÁN, que se hace llamar José Córdoba.

edad, sólo que José había aprovechado un poco más la escuela; sus ocupaciones le permitieron ilustrarse y desde muy joven manifiestó afición por las letras; hizo algunos versos y dos o tres veces tomó la palabra, allá en Guerrero, en ocasión de los días de la Patria; no le costaba ningún trabajo escribir una carta y decía cosas que, a Pascual, le parecían el evangelio y le sabían a gloria.

Y, efectivamente, Córdova es de esos tipos, tan frecuentes en los pueblos, en quienes la lectura de novelones por entregas, de versos eróticos y de discursos patrioteros, enciende desde muy temprano en su espíritu la afición literaria y los predispone para todo género de producciones cursis.

Ellos son los evangelistas de los enamorados del lugar, los que comentan el periódico metropolitano y opinan sobre la política del país; ellos, los encargados de llevar la palabra en las bodas, en los bautizos y en los entierros notables; ellos, los que, ardiendo el corazón en sacro amor por nuestros héroes y por nuestros mártires, ocupan la tribuna cada 15 de septiembre y electrizan a las rústicas multi-



JOSÉ COMADURÁN, que se hace llamar José Córdova.

tudes; ellos, en fin, los eternos candidatos á la secretaría de la jefatura del pueblo, o a cualquiera otra secretaría.

Córdova, pues, había nacido para secretario y la buena fortuna quiso que lo fuera nada menos que de un hombre que prometía ser una gloria patria.

El taimado lugareño sabía de sobra, por sus lecturas y por su no escasa malicia, lo que pueden los secretarios en el ánimo de sus señores, y, en tratándose de Pascual, comprendió que, con maña, bien llegaría a poderlo todo, absolutamente todo.

No lo engañó, en efecto, su perspicacia; a poco de haber entrado en el desempeño de su importante cargo, cayó en la cuenta de que nada difícil era para él hacerse el hombre necesario. Los secretos que a diario caían en su poder, los planes y las combinaciones de que forzosamente tenía que enterarse, los ligaban estrechamente, más bien dicho, los *amarraban* de un modo indisoluble.

Y Córdova no se contentaba con enterarse de las poridades asumiendo un papel pasivo y obediente, sino que, por el contrario,

comenzó a tomar ingerencia en todos los asuntos, y en nombre de la antigua amistad y paisanaje que lo unían con Orozco, hizo suyos también todos los propósitos y todas las ambiciones de su nuevo jefe, logrando muy pronto darle a comprender que estaba perfectamente identificado con sus aspiraciones, y alcanzando, por el camino de la adulación y la lisonja, que manejaba con admirable cinismo, hacerse el factótum, el estuche, la mano diestra del rústico Pascual á quien le era absolutamente indispensable, como ya lo hemos dicho, alguien que pensara y que hablara por él, llegado el caso.

Una vez Córdova en el secreto, mostró grandísima diligencia por servir y complacer a Orozco. No descansaba escribiendo cartas que aquél firmaba ordinariamente sin leer o sin llegar a descifrar; produciendo discursos que, a nombre del héroe, el indispensable secretario pronunciaba a diestra y siniestra; y, no apartándose un punto de su señor, dado que, según su propio decir, él y Pascual eran una sola alma con un solo cuerpo, por supuesto que, para sus adentros, Córdova se

creía el alma de aquel cuerpo; y estaba orgulloso y llegó a ponerse intratable con aquellas confianzas y con aquel ascendiente sobre su general.

Poco tiempo después él era el jefe de la intriga, el elemento corruptor más importante y el aliado más sagaz con que contaron los caídos para hacer suyo al revolucionario.

Orozco se dejaba llevar y traer por todas partes, frecuentaba el casino y el club, aceptaba invitaciones a banquetes y francachelas, pero siempre llevando consigo al depositario de sus secretos, a su estuche, a su hombre de confianza, a su *alter ego*, al perro fiel que lo advertía de todos los peligros y de todas las acechanzas de los aduladores.

Cuando Orozco salió la primera vez a México a presentar su egregia figura ante la admiración metropolitana, y fué recibiendo por el trayecto del glorioso viaje de Chihuahua a la Capital, el tributo de adoración y los homenajes de los diversos puntos habitados que cruza la vía del ferrocarril, Córdova estaba presto para acudir a la plataforma del carro y dirigirle un fogoso speech a las ma-

sas que, en tumulto, se agolpaban en el andén de la estación. Palabras, conceptos y lisonjas que se le dirigían al Guerrillero, eran contestadas por el Secretario que decía hacerse eco de aquella alma muda pero soberana, y disculpaba al héroe en nombre de su emoción, en nombre del profundo sentimiento que lo embargaba ante aquellas explosiones de regocijo y entusiasmo.

Y el mismo fenómeno de desconfianza y de frío pasó, aunque instantáneamente y sin precisarse, en todos los públicos que aplaudieron delirantes a Orozco. En la Capital de la República, donde la conmoción popular fué más intensa, aunque quizá no tan sincera, este sentimiento de desconfianza y de frialdad llegó a definirse y a tomar forma en algunos espíritus.

La presencia de aquel hombre de hielo, mudo como una estepa e inexpresivo como un cuerpo sin vida, manifestando abiertamente un aire vulgar en su cara, en su actitud y en su vestir, infundió a muchas personas no sólo ese sentimiento de antipatía que despierta en nosotros toda vulgaridad,

sino una especie de animadversión, de repugnancia y de asco; y no por otra cosa, sino por el peligro que constituye para un pueblo el elevar a la categoría de ídolo á un tipo brotado de la noche a la mañana de las más bajas capas sociales y sin otro mérito saliente que su valor personal.

Para aquellos individuos, serenos observadores de las cosas y de los hombres, de capacidad intelectual suficientemente elevada para no contaminarse con las adoraciones ciegas del tumulto, Orozco revelaba, á las claras, más que la rusticidad campesina, los instintos fieros y las pasiones salvajes del criminal. Su fisonomía tiene los rasgos delatores de las naturalezas propensas y sensibles al crimen; el maxilar inferior ancho y recio; la boca enorme, con los labios delgados; la cara vasta, con los pómulos anchos; la tez descolorida; la barba rala; la nariz larga y recta; las orejas implantadas en asa; y, por último, la mirada fría y desapacible, lanzada por unos ojos de un azul desteñido, acusan en él un cúmulo de signos antropológicos demasiado frecuentes en el hombre cri-



minal para que no despierte en el psicólogo la impresión del matoide. La fiera que se oculta calladamente detrás de cada alma, en Orozco se encuentra a flor de piel.

¿Cómo era posible esperar grandes cosas en lo porvenir de ese individuo? ¿Qué fortuna iba a correr al Gobierno naciente con un elemento de rivalidad y de discordia exaltado por la adoración popular, acrecentada su soberbia de bravo por las lisonjas immoderadas de la prensa, y sin ninguna sujeción de moralidad? ¿Hasta dónde irían a llevar a aquel hombre las intrigas y las adulaciones de los amigos advenedizos y sus impacencias de plebeyo?

Las almas bajas en el torbellino de la vida de placeres y de halagos no pueden jamás estarse quietas. La quietud y el reposo en las alturas son patrimonio exclusivo de las fuertes, es decir, de las que poseen un inmenso fondo de bondad; y no de una bondad natural y sencilla, sino de la que se aquilata y se refina por la más amplia moralidad y por la más estricta educación, porque sólo la bondad disciplinada es incorruptible; la

virtud en el plebeyo está a riesgo de mancharse por cualesquiera tentaciones.

Pascual Orozco, careciendo por completo de antecedentes serios, sin una conciencia donde hubieran ahondado el deber, la honradez y la decencia, tenía irremisiblemente que constituir, en el transcurso de los días, un grave peligro para el triunfo de la Revolución y para el ensayo de democracia que, después de muchos años de servilismo, realizaba un pueblo sin experiencia.

Importante complicidad iban á tener, de seguro, la ligereza y el mercantilismo de una gran parte de la prensa mexicana profundamente prostituída, y campo más que suficiente habían de encontrar en ella los manejos y las triquiñuelas del partido reaccionario.

Y así pasaron las cosas.

Una vez colocado D. Francisco I. Madero en la Presidencia de la República por la voluntad popular, que más que votarlo en los comicios, lo proclamó á voz en cuello por todos los ámbitos de la Nación, los periódicos opositoristas, que surgieron por cente-

nares, comenzaron a llenar sus columnas con toda clase de desahogos y de virulencias, transformando la libertad de pensar y de escribir en una serie de diatribas, y haciendo de la personalidad de Orozco su estandarte, la levantaron, la exaltaron, la sublimaron; no sería exageración si dijéramos que la divinizaron. Él era el único limpio, el único modesto, el único humilde, ¡él, que había sido el nervio, la médula, el alma de la Revolución!

Vergüenza y tristeza causaba leer las hiperbólicas alabanzas que sobre la modestia, la humildad y la honradez de Orozco se hacían todos los días.

Y el ídolo tomaba de esta suerte proporciones alarmantes; mas, ¿era, por ventura, labor espontánea de la prensa este bombo inmoderado al guerrillero chihuahuense? ¿O había una mano oculta que dirigiera y pagara la vocinglería periodística? Indudablemente que sí.

Por desgracia, desde que las publicaciones periodísticas se han transformado en empresas financieras, no se puede pensar en ninguna campaña emprendida por alguna de

estas negociaciones que no lleve un fin lucrativo. La mayor parte de los periodistas son hombres sin convicciones, y muy especialmente los nuestros, que por regla general, hay que decirlo con pena, son individuos de ínfimo criterio intelectual y de educación á la violeta.

Aquel famoso periodismo de antaño, perseguidor de ideales y anheloso de propagandas liberales, ha mucho tiempo que murió entre nosotros. Aquellos hombres buenos que escribían por el santo amor a una causa, serían unos pobres diablos inadaptables a las exigencias modernas. A esa prensa candorosa y a esos publicistas ingenuos los mataron el diario barato, preñado de noticierismo y de oportunismo, y los reporteros de literatura gárrula y fofa que en un santiamén zurcen una novela a guisa de relato del crimen más vulgar o una *pieza* poético-filosófica so pretexto de una crónica de teatro.

Ilógico sería, pues, suponer que en tratándose de la cuestión de Orozco, la prensa que medró a la sombra del gobierno porfirista y que perdió sus gajes al triunfo de la revolu-

ción, no reaccionara en el sentido de querer estorbar, por todos los medios posibles, el encauzamiento de ideas y de principios políticos con los que nunca estuvo en consonancia.

Y como, por fortuna, tenía demasiados intereses creados para poder subsistir, aun privada de las subvenciones oficiales, aceptó gustosa la idea de servir a los elementos caídos, importándole un bledo el que su actitud hostil provocara un conflicto. Por eso, a sabiendas y sin escrúpulos, daba vida y valimiento a una personalidad nula y vacía como la de Pascual Orozco; por eso transformaba al guerrillero afortunado en genio de la guerra; al patán en hombre de ideales; al arriero en figura política.

¿Qué le importaba mentir para deslumbrar al pueblo; adular para acrecentar vanidades; azuzar para invitar al crimen; murmurar para despertar codicias; calumniar para encender odios; si su negocio iba en auge, si los ejemplares de sus rotativas se vendían como el pan?

#### RESUMEN DEL CAPÍTULO SEGUNDO.

---

La reacción busca un hombre del maderismo.—Orozco a disposición de aquélla.—La salida de don Abraham a México, nombrado Ministro de Gobernación.—Interinato del licenciado González.—Braulio Hernández se declara vazquista.—Trabajos del Cuartel General para organizar el complot.—Orozco en persona catequiza a los jefes.